



“Espacio, territorio y paisaje cultural en los estudios coloniales. Qué, para qué, cómo y hacia dónde”
Marta Martín Gabaldón
p. 161-202

*Enfoques y perspectivas
para la historia de Nueva España*
María del Pilar Martínez López-Cano (coordinación)

México
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
(Teoría e Historia de la Historiografía 15)

Primera edición impresa: 2021

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2022

ISBN de PDF: [en trámite]

<https://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0
Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

©2022: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en:

<https://ru.historicas.unam.mx/page/terminosuso>

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

ESPACIO, TERRITORIO Y PAISAJE CULTURAL EN LOS ESTUDIOS COLONIALES

QUÉ, PARA QUÉ, CÓMO Y HACIA DÓNDE

MARTA MARTÍN GABALDÓN

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas, Unidad Oaxaca

Espacio, territorio y paisaje cultural son conceptos amplios y difíciles de definir de manera unívoca, pero que, *a priori* se vinculan con la disciplina de la geografía en tanto que remiten a asuntos relacionados con el estudio de la superficie terrestre y de los fenómenos humanos que se desarrollan en ella. No obstante, desde hace décadas y con distintas aproximaciones, la historia también ha reparado en la importancia de prestar atención al “escenario” donde se desarrollan las actividades humanas y a su interacción mutua. Para el caso de la Edad Moderna en el continente americano, el trasfondo de las estructuras coloniales se presta favorablemente al estudio de las transformaciones, adaptaciones y reelaboraciones culturales en los entornos nativos, donde el territorio puede observarse como elemento protagonista o bien, como secundario, permitiéndonos en ese caso develar otros asuntos estructurales y procesuales relevantes de más amplio calado.

El presente capítulo tiene por objetivo proporcionar un balance de las tendencias historiográficas más recientes que apelan a la incorporación de marcos conceptuales y analíticos sustentados en el espacio. Para ello, se tomarán como eje las preguntas *qué* se investiga, *cómo* se hace, *para qué* y *hacia dónde* apuntan las tendencias más recientes. En este repaso analítico se pondrá especial énfasis en las investigaciones acerca de la Nueva España, aunque inevitablemente referiremos experiencias desarrolladas desde otros espacios académicos y sobre otros contextos geográficos para

contextualizarlas adecuadamente. También centraremos nuestra atención en un aspecto teórico-metodológico muy particular: los Sistemas de Información Geográfica aplicados a la Historia.

Qué. Algunas apreciaciones conceptuales necesarias

En general percibimos que, desde la historia, se han hecho pocos esfuerzos en comparación con otras disciplinas de las ciencias sociales y humanidades por abonar el campo de la discusión y el acotamiento de conceptos relacionados con el espacio geográfico y con las relaciones humanas desplegadas en él. Esto se aprecia más intensamente cuando espacio, territorio y paisaje cultural intersectan con otros temas no en el trasfondo sino en el proscenio de la investigación, como, por ejemplo, la propiedad de la tierra, la configuración de jurisdicciones políticas y la explotación de los recursos naturales. Lo anterior puede deberse a que, por un lado, no se haya encontrado la necesidad de explicitar el significado de unos dispositivos epistemológicos que, por su propia ontología, se piensan emanando naturalmente de la geografía; o, por otro lado, porque directamente se asume que son nociones que han traspasado la barrera del entorno académico y que su significado es de dominio común y puede presentarse claro para cualquier lector.

La primera respuesta resulta difícilmente cuestionable, pues la geografía ha sido la disciplina que, por excelencia, ha contribuido a la elaboración y al diálogo conceptual al tratarse de asuntos sustanciales a la disciplina y que emergen de su principal objeto de estudio, la superficie terrestre o, pensando más filosóficamente, la naturaleza.¹ No obstante, la filosofía misma, la antropología, la arqueología y la sociología, reflexionando de muy distintas formas acerca del binomio básico cultura-naturaleza —incluso fracturándolo para superarlo—, han sido testigos de fructíferas reflexiones en

¹ Ramón Folch y Josepa Bru, *Ambiente, territorio y paisaje. Valores y valoraciones*, Barcelona/Madrid, Editorial Barcino/Fundación AQUAE, 2017, p. 65-78.

torno al espacio.² Consideramos que, en este rico diálogo, la historia no sólo tiene mucho de qué beneficiarse si acoge con agrado el aparato conceptual de otras disciplinas sino que puede contribuir desde su propia epistemología a enriquecerlo y a hacerlo definitivamente propio. La clave se encuentra en el valor del factor temporal. A mediados del siglo xx, Ferdinand Braudel apreció: “para el historiador todo comienza y termina por el tiempo; un tiempo matemático y demiurgo”.³ Como veremos más adelante, el enfoque diacrónico conferido al estudio de la espacialidad, o en relación con ella, no resulta novedoso, pero las tecnologías de la era de la información en la que nos encontramos inmersos ofrecen nuevos campos y metodologías de análisis que pueden devenir en novedosas valoraciones de los marcos conceptuales.

² Desde muchos enfoques, los límites entre disciplinas hoy día son difusos. Sin ánimos de entrar en disquisiciones acerca de la pertinencia de incluir a una dentro de otra (por ejemplo, ¿la arqueología se puede pensar como rama de la antropología?) ni de ofrecer un balance profundo sobre la génesis, desarrollo y uso de los conceptos en ellas, recomendamos la lectura de los siguientes trabajos para obtener una aproximación al panorama: Joaquín Gallestegui Vega, “Espacio, concepto y génesis”, *Notas históricas y geográficas*, Departamento Disciplinario de Historia de la Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación, Valparaíso, n. 7-8, 1984, p. 167-198; Gilbert Vargas Ularte, “Espacio y territorio en el análisis geográfico”, *Reflexiones*, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica, Montes de Oca, v. 91, n. 1, 2012, p. 313-326; Blanca Rebeca Ramírez Velázquez y Liliana López Levi, *Espacio, paisaje, región, territorio y lugar: la diversidad en el pensamiento contemporáneo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Geografía/Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2015; Setha Low, “Towards an Anthropological Theory of Space and Place”, *Semiotica, Journal of the International Association for Semiotic Studies*, De Gruyter, Berlín, n. 175, 2009, p. 21-37; Miguel Martínez López, “Sociologías del espacio: legado teórico y productividad empírica”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Centro Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, n. 109, 2005, p. 127-154; Francisco Ther Ríos, “Antropología del territorio”, *Polis. Revista Latinoamericana*, Universidad de los Lagos, Osorno, v. 11, n. 32, 2012, <https://polis.ulagos.cl/index.php/polis/article/view/883> (consulta: 29 de abril de 2021); Felipe Criado-Boado, “Arqueológicas del espacio: aproximación a los modos de existencia de los ‘xscapes’”, en *Lugares, monumentos, ancestros: arqueologías de paisajes andinos y lejanos*, Luis Flores Blanco (ed.), Lima, Avqi Ediciones, 2018, p. 27-54.

³ Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Josefina Gómez (trad.), Madrid, Alianza Editorial, 1984, p. 99; Josep Fontana en su capítulo “La reconstrucción I: Historia, Sociología y Antropología”, en *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Editorial Crítica, 1982, p. 167-184, establece de forma contundente las virtudes del rigor del análisis histórico en relación con otras disciplinas.

En este capítulo que nos ocupa no queremos caer en las mencionadas desatenciones conceptuales y a continuación proporcionamos brevemente definiciones productivas para el quehacer de historiar.

Todas las sociedades humanas desempeñan sus actividades en espacios en los que despliegan estrategias destinadas a su reproducción social y cultural: acceden a los recursos naturales y gestionan su explotación para su mantenimiento; establecen patrones para uso habitacional y para desarrollar actividades cívicas, institucionales y religiosas; y organizan el trabajo e instauran redes de intercambio, negociación y socialización con espacios tanto vecinos como lejanos. Ante la enorme polisemia que presenta el concepto de espacio, el cual posee tantas definiciones funcionales como escuelas y tendencias filosóficas, psicológicas, geográficas y antropológicas que se han ocupado de él, hemos de aclarar que la concepción en la que se enmarcan muchos problemas históricos es aquel que se produce social e históricamente a partir de las interacciones humanas. Es decir, apelamos al espacio como construcción social, de tal forma que es susceptible de modificarse a lo largo del tiempo, lo que le convierte en sociohistórico y le relaciona con los conceptos de territorio, territorialidad y paisaje.

En este sentido, Bernardo García Martínez, uno de los grandes estudiosos de la interrelación entre geografía e historia en el periodo novohispano y quien confirió a la dimensión espacial una importancia nodal en sus investigaciones, sostuvo que el *espacio* es el punto de partida necesario que articula el conjunto funcional de componentes que integran los procesos históricos. En sus palabras: “La materia fundamental del enfoque geográfico es el espacio aunado al movimiento, lo que implica la presencia constante de cambios y procesos. La historia y la geografía cierran así su círculo. En este contexto no hay cabida para un ‘marco’ geográfico concebido como fondo cuya descripción precede al análisis histórico.”⁴ En esta caracterización observamos cómo el “giro espacial” al que nos refe-

⁴ Bernardo García Martínez, *El desarrollo regional, siglos XVI al XX*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México/Editorial Océano de México, 2004, p. 12.

riremos más adelante, el cual supuso que la historia redescubriera la importancia del espacio, se ve superado con una visión más integradora y que confiere importancia esencial al análisis diacrónico: un espacio lo observamos de tal modo en un momento preciso porque se ha configurado de tal forma a partir de la acumulación en el tiempo de múltiples procesos de interacción entre el ser humano y el entorno físico.

El concepto de *territorio* goza de una enorme polisemia. Creemos que la perspectiva de la geografía en su vertiente funcional material, con influencia fuerte de la escuela brasileña de geografía humana en la producción académica reciente,⁵ ofrece reflexiones conceptuales apropiadas para la aproximación a los problemas históricos fincados en el espacio. Para Rogério Haesbaert, sin que se trate de un *a priori*, una categoría de análisis o una concepción mental previa, la definición de territorio está relacionada con el control político y jurisdiccional del espacio, y por lo tanto, todo territorio tiene siempre una base espacio-material para su constitución, esto es, la tierra en sí y los recursos naturales alojados en ella. Esta definición integra necesariamente a las sociedades que lo habitan y los mecanismos que implementan para ejercer apropiaciones, delimitaciones y modificaciones sobre el entorno natural.⁶ Entonces, nos atrevemos a considerar el territorio como el entorno natural funcional y material sobre el que se ejerce determinado control desde el ámbito político que regula el acceso a

⁵ La perspectiva a la que nos referimos se relaciona con la denominada Geografía crítica, surgida en la década de 1970 a partir de retomar los postulados de la Teoría crítica de la Escuela de Frankfurt para el análisis geográfico. Algunos de sus máximos exponentes son el británico David Harvey, el brasileño Milton Santos y el español Horacio Capel. Para comprender el debate en el contexto latinoamericano, véase Sofía Zaragoza Carvajal, Melissa Moreano Venegas y Soledad Álvarez Velasco, "Hacia una reapropiación de la geografiacítica en América Latina. Presentación del dossier", *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Sede Académica de Ecuador, Quito, n. 61, 2018, p. 11-32.

⁶ Rogério Haesbaert, "Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad", *Cultura y representaciones sociales*, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, año 8, n. 15, 2013, p. 9-42. También desarrolla ampliamente el concepto, desde un punto de vista más teórico, en su libro previo *El mito de la desterritorialización. Del "fin de los territorios" a la multiterritorialidad*, Marcelo Canossa (trad.), México, Siglo XXI, 2011.

los recursos a partir de relaciones de poder. De esta forma, el territorio se convierte en una categoría heurística que se transforma en una “entidad geohistórica, con procesos abiertos y contingentes”.⁷ En el territorio así pensado se integran las variables que Milton Santos denomina horizontales (sociedad, geografía, clima) y las consideradas verticales (gobierno, economía, derechos de propiedad) para intervenir conjuntamente en los procesos sociales, económicos y políticos.⁸

El espacio sobre el que los grupos humanos ejercen cierto tipo de dominio también se puede delimitar o legitimar a partir de una dimensión no estrictamente material sino simbólica. Es lo que Haesbaert denomina *territorialidad*, un concepto más amplio que territorio.⁹ Sin embargo, Robert Sack no se aparta del todo de la base material para su conceptualización. Explica cómo esta noción se introduce en el estudio geográfico tomándola prestada de la biología, la cual la concibe como una rama de la conducta animal que generalmente se asocia a la competencia por el territorio. Pero apunta que, en el ser humano, es mejor entender la territorialidad como una estrategia espacial para afectar e influir el control de los recursos y las personas mediante el control de la zona. Puesto que consiste en una estrategia puede ser activada y desactivada. En términos geográficos, supone una forma de comportamiento espacial.¹⁰

Realizando una síntesis entre estas dos posturas y pensando en los problemas de investigación propios de nuestra disciplina para el estudio de la Nueva España, sostenemos que la territorialidad posee una dimensión simbólica de apreciación del territorio que deviene en la manera de organizar entidades político-administrativas sobre las que se ejerce un tipo determinado de dominio. En este sentido, y

⁷ Alejandro Benedetti, “Territorio: concepto integrador de la geografía contemporánea”, en *Territorio, lugar y paisaje. Prácticas y conceptos básicos en geografía*, Patricia Souto (coord.), Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2011, p. 11-82.

⁸ Milton Santos, *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*, María Luisa Silveira (trad.), Barcelona, Ariel, 1996, p. 124-125.

⁹ Haesbaert, “Del mito de la desterritorialización...”, p. 27.

¹⁰ Robert D. Sack, *Human Territoriality. Its theory and history*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, p. 1-2.

de forma muy general, podemos hablar de un modelo de territorialidad indígena y de una territorialidad europea que se encontraron en el momento de la conquista y se sintetizaron para conformar el modelo de territorialidad novohispana.¹¹ La antropología ha abundado mucho en ello y se han acuñado otros conceptos a partir de la observación de prácticas territoriales actuales desarrolladas en contextos indígenas vinculadas a aspectos simbólicos proporcionados por la cosmovisión, la mitología y las prácticas rituales. Uno de ellos es el de *etnoterritorio*, propuesto por Alicia Barabas particularmente para entender las prácticas de apropiación territorial de las culturas indígenas actuales de Oaxaca.¹² Consideramos que los aspectos simbólicos vinculados al territorio en la época colonial, en muchas ocasiones difíciles de asir a través el estudio de las fuentes documentales, son relevantes porque marcan, en cierta manera, la pauta para comprender determinadas categorías político-territoriales indígenas que operaron con gran vigencia —aún con modificaciones adaptativas— durante todo el periodo colonial.

El tercer concepto fundamental que necesitamos vincular con la dimensión espacial es el de *paisaje cultural*. Lejos de las primeras concepciones sobre el paisaje, allá por el siglo XV europeo, que le dotaban simplemente de un significado escenográfico, el que proponemos es inseparable del factor antrópico observado por Carl Sauer, uno de los principales diseminadores del concepto de paisaje cultural. Para él, la cultura, en sentido antropológico, es la mediadora de la acción humana en el escenario proporcionado por el paisaje

¹¹ En estudios ya clásicos, los holandeses Arij Ouweneel y Rik Hoekstra interpretaron este fenómeno en clave de paso de relaciones de poder basadas en la asociación personal (*Personenverband*) a funcionar por asociación territorial (*Territorialverband*). Arij Ouweneel, “Altepeme and Pueblo de Indios. Some Comparative Theoretical Perspectives on the Analysis of the Colonial Indian Communities”, en *The Indian Community of Colonial Mexico. Fifteen Essays on Land Tenure, Corporate Organizations, Ideology and Village Politics*, Arij Ouweneel y Simon Miller (eds.), Ámsterdam, Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos, 1990, p. 1-38; y Rik Hoekstra, “A Different Way of Thinking: Contrasting Spanish and Indian Social and Economic Views in Central Mexico (1550-1600)”, en *The Indian Community...*, p. 60-86.

¹² Alicia M. Barabas, “La construcción de etnoterritorios en las culturas indígenas de Oaxaca”, *Desacatos*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, n. 14, 2004, p. 145-168.

natural.¹³ Entonces, sostenemos que el paisaje cultural consiste en el aspecto que adquiere el espacio geográfico ambiental producto de la interacción del ser humano con su entorno y la realidad socio-territorial cambiante fruto de dicha interacción. Es decir, tiene que ver directamente con acceso, uso y control de los recursos naturales y con las relaciones de poder desplegadas para ello.

Para qué

Resulta muy manido sostener que la utilidad por excelencia de la historia consiste en ayudarnos a entender el presente a partir del estudio de situaciones, contextos, problemas o procesos del pasado. Desde la década de 1930, la Escuela de los Annales, con Marc Bloch y Lucien Febvre a la cabeza en la reflexión sobre esta preocupación, superó los postulados positivistas e historicistas que separaban radicalmente “la historia” y “el presente” al instar a cuestionar al pasado a partir de preguntas realizadas acerca del momento en que vive el historiador.¹⁴ Edward H. Carr, posteriormente, fue enfático en definir la historia como “un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado”.¹⁵

Pero, yéndonos a lo concreto del tema que nos ocupa, ¿cuál puede ser el interés, desde el presente de América Latina y de México en particular, de abordar los problemas históricos considerando su dimensión espacial y territorial? Una posible respuesta nos conduce a asuntos de plena vigencia planetaria. Por un lado, las crisis ambientales parecen estar presentándose como fenómenos cada vez más frecuentes, intensos y con consecuencias globales en lo económico, lo social y lo político. Estos son asuntos fuertemente relacionados con el espacio que llevan aparejadas respuestas muy

¹³ Carl Sauer fue uno de los impulsores de la escuela de Geografía cultural de Berkeley en la década de 1920. Esta concepción y una revisión exhaustiva del concepto puede ser consultada en Ramón Folch y Josepa Bru, *Ambiente, territorio y paisaje...*

¹⁴ Julio Aróstegui, *La historia vivida*, Madrid, Alianza Editorial, 2004, p. 64.

¹⁵ Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1973, p. 28.

diversas que inciden en lo territorial, entre otras: el cambio en los recursos naturales disponibles; la alteración de la forma en que se accede a su uso, así como la apropiación y los conflictos derivados de ello; y las alteraciones demográficas y los desplazamientos de grupos humanos. Por otro lado, el extractivismo y los megaproyectos ponen directamente en el foco importantes asuntos que se dirimen en el plano de lo territorial, y abordarlos con profundidad histórica resulta fundamental para comprenderlos en toda su complejidad.¹⁶

Sirvan dos ejemplos concretos al respecto que nos llevan a mirar al sureste del país. Los deseos de conectar los océanos Atlántico y Pacífico a través del istmo de Tehuantepec poseen una larga trayectoria histórica, aunque ha sido en época muy reciente cuando han vuelto a cobrar fuerza bajo el denominado plan del Corredor Multimodal Interoceánico contemplado en el Programa para el Desarrollo del Istmo de Tehuantepec del Plan Nacional de Desarrollo 2019-2024, elaborado por el gobierno de Andrés Manuel López Obrador.¹⁷ Pese a que el Istmo se ha considerado desde los ámbitos político y económico como una región debido a su naturaleza de accidente fisiográfico, realmente ningún geógrafo lo ha considerado como un auténtico espacio regional puesto que no existe una cohesión ni en el medio físico, ni en el étnico-lingüístico-cultural, ni en el identitario, sino que son múltiples las construcciones sociohistóricas que se imbrican en este gran territorio.¹⁸ Para comprender

¹⁶ Un buen ejemplo de cómo se entretajan la historia y la memoria social en asuntos relacionados con la defensa del territorio ante las amenazas del extractivismo se observa en el trabajo de Salvador Aquino Centeno, “Memoria social y relaciones de poder: la defensa del territorio comunal en la Sierra Zapoteca de Oaxaca, México”, *Revista Entre Ríos*, Universidade Federal do Piauí, Teresina, v. 1, n. 1, 2018, p. 71-90.

¹⁷ Presidencia de la República, “Plan Nacional de Desarrollo 2019-2024”, *Diario Oficial de la Federación*, México, 12 de julio de 2019, http://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5565599&fecha=12/07/2019 (consulta: 29 de abril de 2021).

¹⁸ Éric Léonard, Marie-France Prévôt-Schapira, Emilia Velázquez y Odile Hoffmann “Introducción. La región inasequible: Estados, grupos corporados, redes sociales y corporativismos en la construcción de los espacios del Istmo mexicano”, en *El Istmo mexicano: una región inasequible. Estado, poderes locales y dinámicas espaciales (siglos XVI-XXI)*, Emilia Velázquez, Eric Léonard, Odile Hoffmann y M.-F. Prévôt-Schapira (coords.), México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Institut de Recherchepour le Développement, 2009, p. 21-22.

la complejidad de las implicaciones de este plan de desarrollo y las distintas respuestas que se están dando a él, es necesario analizar un mosaico de situaciones históricas que nos retrotraen hasta las dinámicas territoriales, productivas y socio-políticas gestadas en el siglo XVI.

Valga acá mencionar el contraste de las dinámicas existentes en las dos provincias coloniales istmeñas: Tehuantepec y Coatzacoalcos. Cada una tenía su propia lógica administrativa, social y económica, y como ha señalado Laura Machuca, los planes de trazar un camino que facilitara el tránsito de los comerciantes guatemaltecos que transportaban añil y plata al puerto de Veracruz y el traslado de maderas procedentes de la selva de Chimalapa para el astillero de Tehuantepec —proyecto de Hernán Cortés— se vieron entorpecidos por las resistencias, en ocasiones violentas, de los pobladores de dichas provincias a los proyectos de comunicación y comercio. La provincia de Coatzacoalcos estaba conformada por una serie de señoríos independientes con predominio de grupos popolucas y nahuas. Este territorio se repartió en doce encomiendas, las cuales poco a poco se fueron incorporando a la Corona; el colapso demográfico producido tras la conquista fue dejando espacios vacíos que fueron ocupados por haciendas ganaderas con importante población negra y mulata. A diferencia de Coatzacoalcos, la provincia de Tehuantepec no fue dividida en encomiendas porque formó parte del marquesado del Valle de Hernán Cortés de 1524 a 1563, y después pasó a jurisdicción real. Zapotecos —con predominancia—, huaves, chontales, mixes y zoques habitaban un territorio ambientalmente más heterogéneo que producía importantes productos que surtían el mercado regional desde Tehuantepec hasta la ciudad de Antequera (sal, maíz, pescado, mulas) y que se enviaban a España a través del puerto de Veracruz (añil, grana cochinilla y achiote). Los intereses comerciales particulares y de subsistencia de los distintos actores sociales afincados en este vasto territorio fueron en ocasiones contrapuestos a los planes de la corona; durante los siglos XVI, XVII y XVIII se desarrollaron distintas estrategias de resistencia activa y pasiva a ellos. Por ejemplo, los comerciantes novohispanos tuvieron preferencia por rutas tradicionales distintas

al tránsito fluvial planeado por el río Coatzacoalcos para mantener un mayor control sobre la gente y las mercancías; los guatemaltecos continuaron transitando por Chiapas para llevar sus productos a Veracruz; los habitantes indígenas recurrieron a la rebelión y a la huida hacia los bosques para sustraerse al trabajo forzado para particulares.¹⁹ Esta realidad colonial supone un antecedente ineludible a tener en cuenta de cara al análisis de los planes republicanos posteriores.

Un segundo ejemplo nos hace pensar en que de los 32 estados federativos que componen los Estados Unidos Mexicanos, Oaxaca ostenta el liderazgo en dos fenómenos que se vinculan con la apropiación del espacio. Por un lado, se trata del estado con mayor número de entidades municipales (570), concentrando el 23% del total de la república. Además, la diferencia numérica con los estados en segundo y tercer lugar en número de municipios es considerable —Puebla cuenta con 217 y Veracruz con 212—, así como con un estado cuya superficie es de 10 000 km² menor a Oaxaca, pero similar densidad poblacional —Tamaulipas, tan sólo posee 43—. ²⁰ El segundo fenómeno mensurable en que destaca Oaxaca es el de los conflictos agrarios. Pese a que las cifras difieren considerablemente de instancias gubernamentales federales (Procuraduría General Agraria) a estatales (Tribunal Agrario de Oaxaca), y de los datos proporcionados por otras organizaciones corporativas (como la Confederación Nacional Campesina), en el año 2006, Francisco López Bárcenas y, en 2011, María de los Ángeles Romero Frizzi, ponían énfasis en que Oaxaca lideraba los enfrentamientos por la tierra y que la mayoría de ellos se producían en territorios indígenas.²¹

¹⁹ Laura Machuca, “Proyectos oficiales y modos locales de utilización del Istmo de Tehuantepec en la época colonial: historias de desencuentros”, *El Istmo mexicano...*, p. 63-94.

²⁰ Instituto Nacional de Estadística y Geografía, *Cuéntame de México. Territorio* (sitio web), México, Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 2015, <http://www.cuentame.inegi.org.mx/territorio/default.aspx?tema=T> (consulta: 29 de abril de 2021).

²¹ Francisco López Bárcenas, “Territorios indígenas y conflictos agrarios en México”, *Revista de Estudios Agrarios*, Revista de la Procuraduría Agraria, México, n. 32, 2006, p. 85-118; María de los Ángeles Romero Frizzi, “Conflictos agrarios, historia y peritajes paleográficos. Reflexionando desde Oaxaca”, *Revista de Estudios Agrarios*, Revista de la Procuraduría Agraria, México, n. 47, 2011, p. 65-81.

Hoy día, el panorama no ha cambiado demasiado y los principales conflictos se sostienen por límites de propiedad entre comunidades y por la presencia de proyectos mineros y de infraestructuras.²² Según la Junta de Conciliación Agraria del estado de Oaxaca, en julio de 2018, de los 364 conflictos vivos, 29 fueron calificados de alto riesgo y tan sólo 124 se encontraban en vías de solución.²³

Existen conexiones indudables entre estos dos fenómenos. Lo relevante de pensar en para qué analizar la historia con dimensión espacial es que debemos observar procesos que se desencadenan mucho más atrás en el tiempo que las legislaciones decimonónicas que perfilan el mapa de las municipalidades y de las sucesivas reformas agrarias posrevolucionarias que modifican la cartografía de posesión de la tierra. Es decir, tanto la municipalización como los conflictos agrarios responden a procesos de territorialización que comenzaron en el siglo XVI con la adaptación de las estructuras político-territoriales prehispánicas a las nuevas concepciones importadas de Europa. Éstas se cristalizaron, se evolucionaron y se transformaron en los dos siguientes siglos al hilo de complejos procesos de redefinición de estructuras de propiedad y de materialización de territorialidades diversas. Los protagonistas son la gama diversa de actores sociales que procedieron de acuerdo con unos intereses operados dentro de marcos institucionales variados y el espacio sociohistórico donde se desplegaban los recursos naturales ambicionados por ellos, dando lugar a paisajes culturales y territorios históricamente redefinidos. Como indicamos con anterioridad, hemos de considerar que durante la Edad Moderna el territorio en la Nueva España, así como el de otras geografías, está traspasado por relaciones coloniales que poseyeron un fuerte impacto en lo espacial y, por ende, en todas las estructuras.

²² Andrés Becerril, “335 disputas indígenas; viven conflictos en 29 estados”, edición digital, *Excelsior*, México, 7 de enero de 2018, <https://www.excelsior.com.mx/nacional/2018/01/07/1212041> (consulta: 30 de abril de 2021).

²³ Juan Carlos Zavala, “De 364 conflictos agrarios en Oaxaca, sólo 124 avanzan hacia la paz”, edición digital, *El Universal*, Oaxaca, 24 de julio de 2018, <https://oaxaca.eluniversal.com.mx/especiales/24-07-2018/de-364-conflictos-agrarios-en-oaxaca-solo-124-avanzan-hacia-la-paz> (consulta: 30 de abril de 2021).

Cómo. Algunos aspectos teórico-metodológicos

El historiador social Ralph Kingston subraya que la década de los 2000 fue un periodo de “celebración” —a través de numerosos artículos, simposios y números especiales monográficos— del redescubrimiento por parte de la historia del espacio (*space*) y del lugar (*place*).²⁴ Por ejemplo, en 2006, la *Journal of Social History* (University of Oxford) identificó la “cuestión espacial” como uno de los cuatro asuntos clave para el futuro de la historia social.²⁵ Las tecnologías de la información que comenzaron a despegar también en esa década pusieron al servicio de la historia el uso de potentes herramientas de representación y análisis, antes sólo ligadas al quehacer del geógrafo. Nos referimos a las tecnologías de los Sistemas de Información Geográfica (*Geographic Information System*), los cuales, en palabras de Kingston, “usándolos para recopilar información de extensas bases de datos, han permitido a los historiadores crear visualizaciones digitales dinámicas e interactivas de los cambios a través del tiempo y el espacio”.²⁶ Como apreciaremos más adelante, hoy día el potencial de los Sistemas de Información Geográfica aplicados a la Historia trasciende el campo de la visualización y permite realizar inferencias a partir de métodos analíticos que no siempre producen cartografías tradicionales.

El interés de la historia por la dimensión espacial puede enmarcarse dentro del giro espacial (*spatialturn*) que sacudió las ciencias sociales y que fue vaticinado por Michael Foucault a comienzos de la década de 1980. Este giro cultural vino de la mano de las teorías crítica y decolonial, y fue el geógrafo, político y urbanista Edward Soja no sólo quien acuñó el término, sino quien más profusamente reflexionó acerca de sus implicaciones teóricas y metodológicas.²⁷

²⁴ Ralph Kingston, “Mind over Matter? History and the Spatial Turn”, *Cultural and Social History*, The Social History Society/Routledge, Londres, v. 7, n. 1, 2010, p. 111-121.

²⁵ Peter Stearns, “Introduction”, *Journal of Social History*, Oxford University Press, Oxford, v. 39, n. 3, 2006, p. 611.

²⁶ Traducción propia. Kingston, “Mind over Matter...?”, p. 111.

²⁷ Se utilizó por vez primera “giro espacial” en Edward W. Soja, *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other real-and-Imagined Places*, Malden, Blacwkell, 1996. Este autor

Sin duda, los postulados de Henri Lefebvre publicados en 1991 en torno a la categoría de espacio entendido como constructo social en el que intervienen las prácticas espaciales de los individuos y grupos (espacio percibido), su representación del espacio (espacio concebido) y sus espacios de representación (espacio vivido) han ejercido fuerte influencia en los análisis de las distintas vertientes de las ciencias sociales y humanidades que toman en consideración la dimensión espacial.²⁸ Sin embargo, apreciamos que las investigaciones históricas sobre la Nueva España se aproximan más a concepciones del espacio fincadas sobre aspectos más materiales que simbólicos y se implican con el estudio de las distintas expresiones territoriales y de la interacción de los grupos sociales con el medio ambiente. Es la naturaleza particular de los datos registrados en las fuentes con las que trabaja el historiador la que le ha orillado a analizar el espacio en una escala más amplia —con un componente geográfico más “clásico”— y a eludir aspectos que incurren en el campo de la percepción, solamente asequibles a través de las técnicas de la antropología sirviéndose del interrogatorio y de la observación del comportamiento de los actores sociales.²⁹

Entonces, centraremos nuestra atención a continuación en las tendencias de investigación sobre la Nueva España en que el espacio, el territorio y el paisaje cultural se encuentran en el trasfondo del problema y también aquellas que los presentan como protagonistas. Esta aproximación nos posiciona en la confluencia de la geografía histórica, la historia regional y la historia ambiental.

realiza una profunda revisión del giro espacial en *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Londres/Nueva York, Verso, 1989.

²⁸ Henri Lefebvre, *The production of space*, Donald Nicholson-Smith (trad.), Oxford/Cambridge, Blackwell, 1991.

²⁹ La arqueología del espacio, desde la década de 1980 y de la mano de la corriente del postprocesualismo, sí se permitió realizar interpretaciones influidas en ocasiones por fuertes debates filosóficos, sociológicos y antropológicos a partir del análisis de los restos materiales. En Raquel Urroz Kanán, “Teoría y conceptos para el estudio del espacio y el poder”, en *Territorio, paisaje y estado Mexica*, tesis doctoral, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2017, p. 30-50, presenta de forma muy completa el debate conceptual en torno al espacio, incidiendo en la perspectiva culturalista y observándolo a través de las epistemologías de la antropología, la historia y la geografía.

La geografía histórica, entendida de forma amplia y abarcativa como el estudio de la geografía humana del pasado, tuvo en el historiador Bernardo García Martínez uno de sus máximos cultivadores. Además, a él le debemos uno de los análisis historiográficos más completos donde repasa de forma crítica los trabajos, los temas y los abordajes que marcaron hitos importantes en el desarrollo de esta disciplina. Misma que se forjó fecundamente en los intersticios existentes entre la geografía y la historia desde que en 1949 Fernand Braudel acuñara el concepto de *geohistoria* y apelara a la necesidad de tomar en cuenta la que en otros ámbitos se denominó geografía cultural, cimentada sobre una idea relacional de paisaje.³⁰ No es nuestra intención repasar ni abundar en lo ya señalado, por lo que remitimos a la lectura de su ensayo para conocer los antecedentes y el desarrollo de estos intereses en confluencia hasta finales de la década de 1990.³¹ Sin embargo, merece la pena destacar la figura de García Martínez como el historiador que más esfuerzos ha realizado por comprender la dinámica espacial de México a partir de la comprensión de las estructuras y procesos coloniales, apelando a una larga duración que lo hacen muy digno tributario del trabajo de Braudel.³²

En la obra de Pedro Carrasco *Estructura político-territorial del Imperio tenochca. La Triple Alianza de Tenochtitlan, Tetzco y Tlacopan* encontramos el esfuerzo más comprehensivo por desentrañar la estructura espacial del sistema de dominación azteca sobre el que, en enorme medida, se edificó el dominio colonial.³³ Otro esfuerzo más

³⁰ Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2da. edición, 2 t., Mario Monteforte Toledo, Wenceslao Roces y Vicente Simón (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 2019.

³¹ Bernardo García Martínez, “En busca de una geografía histórica”, *Relaciones*, El Colegio de Michoacán, Zamora, v. XIX, n. 75, 1998, p. 26-58.

³² Bernardo García Martínez, “Consideraciones corográficas”, en *Historia General de México*, 2 t., México, El Colegio de México, 1976, p. 5-82; *El desarrollo regional...*; “La organización colonial del espacio: un tema mexicano de geografía e historia”, en *Memorias del III Simposio Panamericano de Historia*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1997, p. 83-100; “La creación de Nueva España”, en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 2000, p. 235-306.

³³ Pedro Carrasco, *Estructura político-territorial del Imperio tenochca. La Triple Alianza de Tenochtitlan, Tetzco y Tlacopan*, México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, 1996.

reciente por comprender la dinámica espacial en la Nueva España lo constituyó el proyecto “Organización del espacio en el México colonial: puertos, ciudades y caminos”, coordinado por Lourdes de Ita Rubio desde la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y que dio lugar en 2012 a una publicación colectiva de igual título. Los esfuerzos van encaminados a examinar las consecuencias que tuvo la organización del espacio en la Nueva España, cuyas estructuras y sistemas, con cambios relativos en la larga duración, aún persisten.³⁴

Antes de mencionar investigaciones realizadas en ese tenor en una escala menor, conviene señalar que, aunque la geografía histórica persiga transitar entre las epistemologías de dos disciplinas, la idiosincrasia de las mismas derivada del devenir de sus propias escuelas y tradiciones, hace que podamos encontrar algunas diferencias entre los trabajos realizados por historiadores que se aproximan a la geografía y los de los geógrafos que trabajan con fuentes históricas. Entre los segundos hemos de mencionar a algunos exponentes en México de la geografía cultural, conceptualizada en la década de 1920 a partir de las propuestas del geógrafo estadounidense Carl O. Sauer, fundador de la escuela de geografía cultural de Berkeley. Federico Fernández Christlieb y Gustavo Garza Merodio han abordado problemas históricos coloniales relacionados con la evolución del paisaje y del territorio entreverando los aspectos biofísicos y los humanos, además de valiosas reflexiones encaminadas a realizar aportes teórico-metodológicos en ese tenor.³⁵ Sirva de ejemplo el libro coordinado en 2006 por Federico Fernández Christlieb y Ángel Julián García Zambrano, titulado *Territorialidad y paisaje en el altepelt del siglo XVI*. Combinando un abordaje teórico

³⁴ Lourdes de Ita Rubio, *Organización del espacio en el México colonial: puertos, ciudades y caminos*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo, 2012.

³⁵ Federico Fernández Christlieb, “Landschaft, pueblo and altepetl: a consideration of landscape in sixteenth-century Central Mexico”, *Journal of Cultural Geography*, Taylor & Francis Group, Londres, v. 37, n. 2, 2015, p. 331-361; Gustavo Garza Merodio, *Geografía histórica y medio ambiente*, México, Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013; *Geografía e historia en Iberoamérica: síntesis de su evolución y consideraciones contemporáneas*, Gustavo Garza Merodio y Gabriela Dalla Corte Caballero (coords.), México, Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México, 2015.

con estudios de caso proporcionaron un planteamiento geográfico para el análisis de la entidad político-territorial indígena conocida extensivamente como *altepetl*, pero enriquecido con perspectivas de la geografía histórica y cultural, de la geomorfología, la historia regional, la historia del arte y la lingüística. Su intención fue trascender el enfoque ecológico tradicional que explica los asentamientos prehispánicos en función de un determinado ambiente, para adentrarse en el terreno de los significados simbólicos y de las formas estéticas del paisaje en relación con las cosmovisiones indígenas.³⁶

La Universidad Nacional Autónoma de México en Morelia auspiciaba investigaciones sobre la Nueva España con este enfoque geohistórico en dos de sus entidades. Por un lado, en el Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental a través del área de investigación “Historia ambiental, poder y territorio” en el marco de su posgrado en Geografía y, por otro, en la licenciatura en Geohistoria de la Escuela Nacional de Estudios Superiores, Unidad Morelia. Volveremos a aludir estos esfuerzos más adelante en relación con los Sistemas de Información Geográfica aplicados a la investigación histórica.

La tierra y sus implicaciones sociales han constituido un gran tema de investigación al que se ha prestado enorme atención desde variadas vertientes de las ciencias sociales y las humanidades, y desde la historia también se han hecho innumerables aportes. La tierra, sobresaliente elemento que conforma el espacio, se vincula con la propiedad, la jurisdicción, la producción, el territorio, la territorialidad y el paisaje cultural.

François Chevalier, historiador francés influenciado por la Escuela de los Annales que sentó las bases de la historia agraria moderna en América Latina, estableció una tradición de estudio del paisaje cultural histórico novohispano con sus investigaciones, sobre la formación del latifundio, desarrolladas durante la década de 1940.³⁷

³⁶ *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo XVI*, Federico Fernández Christlieb y Ángel Julián García Zambrano (eds.), México, Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México/Fondo de Cultura Económica, 2006.

³⁷ François Chevalier, *La formación de los latifundios en México. Haciendas y sociedad en los siglos XVI, XVII y XVIII*, 3a. ed., Antonio Alatorre (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Resultaría una labor titánica hacer un recuento crítico de todas las obras e investigaciones históricas relacionadas con el ámbito rural novohispano, pero queremos destacar brevemente algunos aportes muy relevantes que nos sitúan en una escala de gran tradición en México para la geografía, la economía, la antropología y, no sin cuestionamientos sobre la pertinencia de usarla como instrumento heurístico, la historia: la región. Nuevamente, debemos a la Escuela de los Annales las primeras bases críticas sobre este concepto que durante el primer tercio del siglo XX descansó sobre el determinismo geográfico de Vidal de la Blanche y que —primero Lucien Febvre con su “posibilismo” y después Marc Bloch a reflexionando sobre la Île-de-France como región histórica— superaron. En palabras de Carlos Antonio Aguirre Rojas, para Bloch, “la región histórica es una ‘individualidad histórica en movimiento’, que ha logrado conformarse a partir de una dialéctica con los fundamentos geográficos para reproducirse en tanto que dicha región histórica en los planos social, político, económico y cultural”.³⁸ Por su parte, el antropólogo Andrés Fábregas, asumiendo la región como una construcción particular del investigador con base en su planteamiento teórico general y en el problema particular a resolver, establece unos requerimientos mínimos para su estudio: un medio ambiente, unos rasgos sociales, una cultura y un devenir histórico vinculados en tiempo y espacio para otorgar una especificidad distintiva.³⁹

En un detallado ensayo crítico acerca del enfoque regional en los estudios geográficos, históricos y antropológicos en México, Brigitte Boehm señaló que pese a que algunos historiadores han puesto en entredicho la noción de región establecida por la tradición y el afecto, “el que en algún momento histórico y desde una perspectiva específica hayan recibido el bautizo El Bajío, La Huasteca, Los Altos o el Sur de Jalisco, parece haberlos fijado para siempre en el

³⁸ Carlos Antonio Aguirre Rojas, “La historia regional en la perspectiva de la corriente francesa de los Annales”, *Historia y Memoria*, Facultad Ciencias de la Educación, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja, Colombia, n. 11, julio-diciembre de 2015, p. 285-286.

³⁹ Andrés Fábregas, “El concepto de región en la literatura antropológica”, en *Ensayos antropológicos, 1990-1997*, Andrés Fábregas (ed.), Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 1997, p. 143.

mapa”.⁴⁰ Sin ánimos de profundizar en la rica discusión en torno al uso del concepto y su trasfondo heurístico, hacemos notar que, *a priori*, muchos estudios relacionados de una forma u otra con dinámicas espaciales se enmarcan en ámbitos regionales, aun cuando no sea su intención explícita reflexionar sobre ello. Sirvan de ejemplos las siguientes obras de referencia fundamentales.

Wolfgang Trautmann en *Las transformaciones en el paisaje cultural de Tlaxcala durante la época colonial* combinó conceptos de paisaje cultural con un esfuerzo sistemático por desentrañar la estructura y la jerarquía de elementos espaciales, tanto en el ámbito físico —atendiendo a la disponibilidad y acceso a los recursos naturales— como en el cultural —observando particularmente la adaptación del sistema indígena de *tlatocayotl* y *tecalli* a la perspectiva cabecera-sujetos—.⁴¹ En *Los pueblos de la sierra: el poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*, Bernardo García Martínez se adentró en un ámbito geográfico “marginal” en la estructura colonial e inexplorado hasta entonces de forma regional para centrarse en el estudio del *altepetl*, lo cual le permitió observar el desarrollo de los pueblos de indios ligado a los cambios en su estructura espacial. En este contexto, atendió al reordenamiento del espacio territorial provocado por las congregaciones de pueblos, tomando en cuenta las posibilidades del medio físico y el potencial de los recursos naturales.⁴² Un año después, en 1988, Marcelo Carmagnani en *El regreso de los dioses* analizó con un enfoque original el proceso de reconstrucción identitaria indígena en Oaxaca durante los siglos XVII y XVIII. En esta obra, por otro lado poco citada, puso de manifiesto la relevancia del territorio en este propósito: “la reorganización del

⁴⁰ Brigitte Boehm de Lameiras, “El enfoque regional y los estudios regionales en México: geografía, historia y antropología”, *Relaciones*, El Colegio de Michoacán, Zamora, v. XVIII, n. 72, 1997, p. 25. En este detallado trabajo destaca las críticas al concepto clásico de región realizadas por historiadores desde la teoría de los lugares centrales —Pedro Pérez Herrero, Eric van Young— y desde la economía política —Mario Cerutti, John Tutino, Alan Knight.

⁴¹ Wolfgang Trautmann, *Las transformaciones en el paisaje cultural de Tlaxcala durante la época colonial: una contribución a la historia de México bajo especial consideración de aspectos geográfico-económicos y sociales*, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag, 1981.

⁴² Bernardo García Martínez, *Los pueblos de la sierra. El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*, México, El Colegio de México, 1987.

espacio juega un papel fundamental, pues a partir del territorio, que es el espacio simbolizado, los indígenas oaxaqueños logran defenderse de las amenazas coloniales y de los enemigos internos”.⁴³

1990 fue el año de publicación de un relevante dossier que conjuntó quince ensayos de renombrados investigadores acerca de cuestiones relacionadas con la comunidad —entendida en sentido antropológico— indígena colonial en los que se incidía en la propiedad de la tierra relacionada con la organización corporativa de los pueblos y sus expresiones espaciales. En uno de dichos ensayos, RikHoekstra explicó el paso de relaciones de poder basadas en la asociación personal (*Personenverband*) a funcionar por asociación territorial (*Territorialverband*). En este proceso, los desplazamientos de poblaciones y las congregaciones de pueblos jugaron un papel fundamental, pues sirvieron para que el gobierno colonial configurara jurisdicciones o circunscripciones basadas en la definición de territorios donde la población quedaba sujeta a un lazo político común.⁴⁴

James Lockhart dedicó importantes secciones de *Los nahuas después de la Conquista*, publicado en 1992, a observar cómo se sucedieron los reacomodos en los ámbitos espacial y político-territorial a partir del siglo XVI en el Altiplano Central.⁴⁵ Kevin Terraciano hizo un análisis similar en el entorno mixteco en *Los mixtecos de la Oaxaca colonial*, estudio que vio la luz poco más de dos décadas después.⁴⁶ La peculiaridad del trabajo de estos dos autores radica en la naturaleza indígena de las fuentes alfabéticas utilizadas, aspecto al que nos referiremos de nuevo más adelante.

⁴³ Marcello Carmagnani, *El regreso de los dioses: El proceso de reconstrucción de la identidad étnica en Oaxaca, siglos XVII y XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 45.

⁴⁴ *The Indian Community of Colonial Mexico. Fifteen Essays on Land Tenure, Corporate Organizations, Ideology and Village Politics*, Arij Ouweneel, Simon Miller (eds.), Ámsterdam, Centro de Estudios y Documentación Latinoamericana, 1990; RikHoekstra, “A Different Way of Thinking: Contrasting Spanish and Indian Social and Economic Views in Central Mexico (1550-1600)”, en *The Indian Community of Colonial Mexico...*, p. 60-86.

⁴⁵ James Lockhart, *Los nahuas después de la Conquista. Historia social y cultural de los indios del México central, del siglo XVI al XVIII*, Roberto Ramón Reyes Mazzoni (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

⁴⁶ Kevin Terraciano, *Los mixtecos de la Oaxaca colonial. La historia ñudzahui del siglo XVI al XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 2013.

Otras geografías fueron estudiadas desde la misma óptica. Destacamos los trabajos de Sergio Quezada, Pedro Bracamonte y Gabriela Solís acerca de la organización de la espacialidad indígena y el poder colonial en Yucatán.⁴⁷ En el centro de México, René García Castro, abarcando la extensa provincia matlatzinca que incorpora el valle de Toluca, analizó la negociación del espacio político de los pueblos.⁴⁸ Una publicación muy reciente de Sergio Carrera Quezada renueva la tradición de análisis de la propiedad de la tierra en la época colonial observando con amplio rigor jurídico y detalle la regularización de la propiedad rural en la Huasteca, lo cual permite realizar considerables inferencias en materia de dinámicas espaciales.⁴⁹

No podemos obviar en este repaso el trabajo de tres prolijos investigadores que se aproximan al análisis de lo territorial a partir de una heterogeneidad de intereses que, en última instancia, poseen expresiones espaciales. Juan Pedro Viqueira es especialista en demografía y geografía histórica de Chiapas, y en un libro muy reciente publicado junto a Tadashi Obara-Saeki pone la atención sobre el tributo como fuente demográfica. Después de un análisis minucioso de múltiples cuentas y padrones, caracteriza el desarrollo regional de la provincia de Chiapas de forma diacrónica durante todo el periodo colonial.⁵⁰ Por su parte, Felipe Castro Gutiérrez, a partir de aproximaciones desde la historia social, incurre en análisis con importantes correlatos espaciales y territoriales que no se pueden deslindar de otros procesos que *a priori* nos podrían

⁴⁷ Sergio Quezada, “Espacialidad indígena y poder colonial en Yucatán (siglo XVI)”, en *Perspectivas antropológicas en el mundo maya*, María Josefa Ponce de León y Francesc Ligorred (coords.), *Perspectivas antropológicas en el mundo maya*, Girona, Sociedad Española de Estudios Mayas, 1993, p. 419-432; Pedro Bracamonte y Gabriela Solís, *Espacios mayas de autonomía: el pacto colonial en Yucatán*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1996.

⁴⁸ René García Castro, *Indios, territorio y poder en la provincia matlatzinca. La negociación del espacio político de los pueblos otomianos, siglos XV-XVII*, Zinacantepec, El Colegio Mexiquense/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1999.

⁴⁹ Sergio Carrera Quezada, *Sementeras de papel. La regularización de la propiedad rural en la Huasteca serrana, 1570-1720*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/El Colegio de México, 2018.

⁵⁰ Tadashi Obara-Saeki y Juan Pedro Viqueira Albán, *El arte de contar tributarios: provincia de Chiapas, 1560-1821*, México, El Colegio de México, 2017.

parecer despegados de ellos.⁵¹ Por último, Brígida von Mentz, a través de temas de historia económica y social y con una perspectiva etnohistórica rica, apelando a muy distintos tipos de fuentes y especialidades —lingüística, arqueología, historia del trabajo, etcétera— reconstruye en la larga duración la dinámica del espacio regional del norte de Guerrero tomando como uno de los ejes explicativos su relación con los reales mineros.⁵²

Poco más de una década atrás, Guerrero también fue objeto de estudio detallado en una propuesta totalmente pertinente para el tema principal de nuestro repaso. Jonathan D. Amith en su magna obra *The Möbius Strip. A Spatial History of Colonial Society in Guerrero, México*, realiza una propuesta sumamente original donde el espacio es el elemento central. Dialogando con la geografía de la estructura y del proceso —la primera proporcionada por los marcos institucionales y legales y la segunda por el actuar particular de los actores sociales dentro de ellos— encuentra un vehículo fructífero para desentrañar la dinámica espacial del centro de Guerrero, observando, en su caso, las redes de producción y comercio. En este contexto, el concepto de colonización entraña no solamente ocupación novedosa del espacio, sino que lo define en sí.⁵³

En la historiografía sobre la Nueva España existen dos temas particulares intrínsecamente relacionados con dinámicas espaciales y de reconfiguración territorial. El primero de ellos es el de las fronteras, pues lo espacial se encuentra ligado directamente al concepto que se explora, al poseer la frontera una ineludible expresión física —aun cuando sea heterogénea o porosa— y territorial. El reciente libro *Recorriendo el lindero, trazando la frontera* explora

⁵¹ Citamos dos de sus obras como ejemplos. Felipe Castro Gutiérrez, *Los tarascos y el Imperio Español*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, 2004; *Los indios y las ciudades de Nueva España*, Felipe Castro Gutiérrez (coord.), México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

⁵² Brígida von Mentz, *Señoríos indígenas y reales de minas en el norte de Guerrero y comarcas vecinas: etnicidad, minería y comercio. Temas de historia económica y social del período Clásico al siglo XVIII*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Juan Pablos Editor, 2017.

⁵³ Jonathan D. Amith, *the Möbius Strip. A Spatial History of Colonial Society in Guerrero, México*, Stanford, Stanford University Press, 2005.

a través de ocho trabajos la dimensión espacial en sociedades indígenas fronterizas.⁵⁴

El otro gran tema es el de las congregaciones de pueblos, aquellos traslados físicos, en su mayor parte forzosos, planeados y ejecutados por la corona en distintos momentos de los siglos XVI y XVII para garantizar un mejor control religioso, social y productivo de los indígenas. Los estudios sobre el tema, aplicando distintos enfoques, son muy numerosos,⁵⁵ aunque notamos que la dimensión estrictamente espacial o geográfica y la ligadura sociedad-naturaleza han sido escasamente exploradas. Dos excepciones ejemplificantes resultan el análisis que Alain Musset realiza de la congregación de Tenango (actual Estado de México) en el siglo XVI en relación con la reorganización del espacio a partir del recurso hídrico y la construcción de un acueducto. Analizó el problema del control del agua y su abastecimiento a los habitantes del valle de Tenango, además de las dificultades técnicas y políticas que enfrentaron quienes concibieron el acueducto y que permiten conocer los mecanismos de dominación de la ciudad sobre el campo, o de españoles sobre indios.⁵⁶ El trabajo de Luis Alberto Arrijoja sobre el desarrollo de las congregaciones de indios de la alcaldía mayor de Nexapa (Oaxaca) y su relación con los afluentes del río Tehuantepec también se desarrolla en este tenor, atendiendo no sólo al acceso, manejo y control del recurso sino a los mecanismos para reunir a la población dispersa y fomentar la ocupación de territorios con potencial económico.⁵⁷

⁵⁴ Tsubasa Okoshi Harada, Julien Machault y Alberto Sarmiento Tepoxtecatl, *Recorriendo el lindero, trazando la frontera. Estudios interdisciplinarios sobre el espacio y las fronteras en las sociedades indígenas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2018.

⁵⁵ Podemos consultar un detallado estado de la cuestión sobre los procesos de congregaciones de pueblos en la tesis de Marta Martín Gabaldón, *Territorialidad y paisaje a partir de los traslados y congregaciones de pueblos en la Mixteca, siglo XVI y comienzos del siglo XVII: Tlaxiaco y sus sujetos*, tesis doctoral, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, 2018, p. 10-17.

⁵⁶ Alain Musset, “Congregaciones y reorganización del espacio: el caso del acueducto de Tenango (siglo XVI)”, en *Mundo rural, ciudades y población del Estado de México*, Manuel Miño Grijalva (coord.), Toluca, El Colegio Mexiquense/Instituto Mexiquense de Cultura, 1990, p. 145-163.

⁵⁷ Luis Alberto Arrijoja, “Las congregaciones de indios y las corrientes de agua en la alcaldía mayor de Nexapa, 1600-1604”, *Fuentes Humanísticas*, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, v. 20, n. 37, 2003, p. 75-90.

Los dos últimos trabajos citados, aún sin adscribirse de forma explícita por parte de sus autores dentro de esta corriente, abordan cuestiones desde la perspectiva de la historia ambiental. Esta disciplina relativamente reciente nació en Estados Unidos en la década de 1970 muy vinculada con la aceptación de la crisis ambiental contemporánea. Podemos decir, no sin generalizar, que una de las características novedosas de su enfoque consiste en una apertura teórico-metodológica con aspiraciones holísticas que posiciona al *ambiente* —el conjunto de componentes físicos, químicos, y biológicos presentes en el escenario que supone la naturaleza, con los cuales interactúan los seres vivos formando un ecosistema— como un actor más implicado en el modelado de los acontecimientos históricos.⁵⁸

Una de las tendencias que se dan dentro de la historia ambiental —de las reconocidas por Stefania Gallini, quien ha impulsado esta vertiente histórica y reflexionado notablemente sobre ella desde la Universidad Nacional de Colombia— aborda las interacciones de determinadas sociedades humanas con sus ecosistemas y los cambios continuos que se producen a partir de ello.⁵⁹ En América, inevitablemente muchos de estos cambios se detonaron a partir de la llegada de los europeos y sus procesos de conquista y colonización, por lo que las consecuencias biológicas y culturales del intercambio transoceánico han atraído el interés desde hace décadas.⁶⁰

⁵⁸ En este sentido, la historia ambiental se aproximaría a los postulados de la antropología perspectivista o giro ontológico, representada por Philippe Descola y Eduardo Viveiros de Castro, y a los Estudios Sociales de la Ciencia o la teoría del Actor-Red defendida por Bruno Latour. Alberto del Campo Tejedor, “Antropología perspectivista o el giro ontológico. Crítica de un paradigma no tan nuevo”, *Pucara*, Universidad de Cuenca, Cuenca, v. 1, n. 28, 2017, p. 11-54.

⁵⁹ Podemos revisar una valoración historiográfica, epistemológica y metodológica del devenir de la historia ambiental, también en Latinoamérica, en Stefania Gallini, “Invitación a la historia ambiental”, *Revista Tareas*, Centro de Estudios Latinoamericanos “Justo Arosemena”, Panamá, n. 120, 2005, p. 5-27; Stefania Gallini, “Historia, ambiente, política: el camino de la historia ambiental en América Latina”, *Nómadas*, Universidad Central, Bogotá, n. 30, 2009, p. 92-102; Enrique Leff, “Vetas y vertientes de la historia ambiental latinoamericana. Una nota metodológica y epistemológica”, *Varia Historia*, Universidad Federal de Minas Gerais, Bello Horizonte, v. 21, n. 33, 2005, p. 17-31; John McNeill, “Naturaleza y cultura de la historia ambiental”, *Nómadas*, Universidad Central, Bogotá, n. 22, 2005, p. 12-25.

⁶⁰ Por ejemplo, Alfred W. Crosby, *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492*, Westport, Greenwood Press Inc., 1972; Carlos Sempat Assadou-

México ha sido un lugar muy fecundo en investigaciones sobre los aspectos ecológicos de la producción prehispánica y colonial y su relación con el entramado sociopolítico. Podemos decir que esta vertiente de estudios ha tenido importante influencia de la antropología, del marxismo y de la ecología cultural política. Algunas figuras fundamentales que crearon escuela a partir de sus investigaciones fueron Eric Wolf y Ángel Palerm, fuertemente influenciados por Julian Steward y Karl Wittfogel.⁶¹ Palerm, además, tuvo un papel fundamental en la creación de instituciones para la formación de científicos sociales en México, como el antiguo Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia desde donde se desarrollaron estudios en torno a la relación agricultura-sociedad, el Estado y la organización social, el papel de la tecnología en la evolución social y el agua.⁶²

Algunos otros ejemplos relevantes que nos sitúan en el análisis de los cambios suscitados a partir de los procesos de colonización son los trabajos publicados a comienzos de la década de 1990 de María de los Ángeles Romero Frizzi —acerca de las variaciones productivas y la nueva economía generada por los españoles en la Mixteca Alta de Oaxaca— y el de Elinor G. K. Melville —respecto al impacto de la introducción de ganado lanar en el valle del Mezquital—.⁶³ También se circunscriben dentro de esta tendencia de estudio los frutos del proyecto Lerma-Chapala-Santiago (1999-2001), dirigido

rian, “Agriculture and Land Tenure”, en *The Cambridge Economic History of Latin America*, Victor Bulmer-Thomas, John H. Coatsworth y Roberto Cortés (eds.), Nueva York, Cambridge University Press, 2006, v. I, p. 275- 314.

⁶¹ La obra de Ángel Palerm, *Antropología y marxismo*, Eric Wolf (pról.), F. Besserer (pres.), México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/ Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Universidad Iberoamericana, 2008; resulta una buena síntesis de las discusiones acontecidas bajo esta mirada y de los temas abordados por ellos.

⁶² Sirva de ejemplo la obra *Estructuras y formas agrarias en México, del pasado y del presente*, Antonio Escobar Ohmstede y Teresa Rojas Rabiela (coord.), México, Archivo General Agrario/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2001.

⁶³ María de los Ángeles Romero Frizzi, *Economía y vida de los españoles en la Mixteca Alta: 1519-1720*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990; Elinor G. K. Melville, *A plague of Sheep: Environmental Consequences of the Conquest of Mexico*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

por Martín Sánchez Rodríguez y Brigitte Boehm, con la participación institucional de El Colegio de Michoacán y la Universidad de Guadalajara. La investigación incluyó tres ejes que conjugaron geografía, historia y antropología: historia ecológica de la cuenca, lectura del paisaje cultural y patrones históricos de uso y manejo del agua. El proyecto produjo una enorme cantidad de escritos académicos, entre ellos, dos volúmenes titulados *Los estudios del agua en la cuenca Lerma-Chapala-Santiago*.⁶⁴

Por último, en nuestro repaso acerca de los aspectos teóricos y metodológicos de los estudios que consideran la dimensión espacial, el territorio y el paisaje, queremos destacar una tendencia que vincula la historia con la lingüística a través de dos vertientes del estudio de las lenguas indígenas: los documentos históricos que permiten comprender categorías de organización política-territorial y los topónimos.

Hoy día hay un número creciente de especialistas —historiadores, antropólogos y lingüistas— que realizan sus trabajos en la senda de aquella aproximación histórica basada en el análisis de fuentes en lengua indígena que James Lockhart y algunos de sus colegas —Luis Reyes García, Pedro Carrasco, Frances Berdan y Miguel León-Portilla, entre otros— denominaron “nueva filología”. El estudio de los distintos espacios de ocupación cultural nahua inauguró esta relevante tendencia que busca pensar las dinámicas culturales a partir de la propia terminología y contenido conceptual expresados en lenguas indígenas, lo cual, según Kevin Terraciano, aunque ha contribuido a visibilizar la complejidad cultural en Mesoamérica y a reconocer las diferencias locales, ha fortalecido en cierta medida una visión de la historia que pareciera girar en torno al México central.⁶⁵

Por fortuna, en otras áreas culturales también se ha adoptado esta tendencia analítica, lo cual permite establecer comparacio-

⁶⁴ *Los estudios del agua en la cuenca Lerma-Chapala-Santiago*, Brigitte Boehm Schoendube, Juan Manuel Durán Juárez y Martín Sánchez Rodríguez (coords.), Zamora/Guadalajara, El Colegio de Michoacán/Universidad de Guadalajara, 2002; *Los estudios del agua en la cuenca Lerma-Chapala-Santiago II*, Juan Manuel Durán Juárez, Brigitte Boehm Schoendube, Martín Sánchez Rodríguez y Alicia Torres (coords.), Zamora/Guadalajara, El Colegio de Michoacán/Universidad de Guadalajara, 2005.

⁶⁵ Terraciano, *Los mixtecos de la Oaxaca colonial...*, p. 26-28.

nes entre los conceptos utilizados por los nahuas y por otros grupos mesoamericanos. Nos referiremos a continuación a lo observado en torno a Oaxaca, pues aunque los estudios basados en las lenguas indígenas coloniales del actual estado comenzaron notablemente más tarde, actualmente existen algunas iniciativas que prometen potenciar su importancia en un futuro próximo. Maarten Jansen y Gabina Aurora Pérez —quien tiene la ventaja de hablar *sahìnsàu* (lengua mixteca, en la variante de Chalcatongo) como lengua materna— han incorporado en sus estudios algunas fuentes coloniales escritas en mixteco y han reflexionado acerca de la cultura literaria antigua y su transformación colonial.⁶⁶ Por su parte, Judy K. Josserand, Maarten Jansen y María de los Ángeles Romero Frizzi revisaron los documentos del archivo de la antigua alcaldía mayor de Teposcolula para realizar inferencias en la dialectología histórica mixteca.⁶⁷

El historiador Kevin Terraciano es uno de los exponentes más claros del campo de la “nueva filología” en relación con los estudios sobre la Mixteca y el área zapoteca. Desde la realización de su tesis doctoral en 1994 ha considerado los textos coloniales en lengua *ñudzahui* o *tu’unsavi* (mixteco) como fuentes fundamentales para la comprensión del universo histórico mixteco. Esto quedó plenamente patente en el trabajo anteriormente referido, *Los mixtecos de la Oaxaca colonial*. En él recurrió exclusivamente a fuentes de esta naturaleza para desechar todo sesgo interpretativo que pudiera emanar de los documentos españoles. Con relación al espacio y el territorio, destacamos la importancia de su proposición de un modelo político-territorial de *yuhuitayu* (señorío) y pueblo (ñuu) —con sus subentidades— a partir de concepciones netamente indígenas. Es reseñable también que, en el capítulo tercero “Las comunidades” atiende a la reorganización política y

⁶⁶ Maarten Jansen y Gabina Aurora Pérez, *La lengua señorial de Ñuu Dzahui: cultura literaria de los antiguos reinos y transformación colonial*, Oaxaca, Colegio Superior para la Educación Integral Intercultural de Oaxaca, 2009.

⁶⁷ Judy K. Josserand, Maarten Jansen y María de los Ángeles Romero Frizzi, “Mixtec Dialectology: Inferences from Linguistics and Ethnohistory”, *Essays in Otomanguan Culture History*, Judy K. Josserand, Marcus Winter y Nicholas Hopkins (eds.), Publications in Anthropology, Vanderbilt University, Nashville, n. 31, 1984, p. 141-163.

espacial acontecida después de la Conquista, incluyendo el programa de congregaciones civiles.⁶⁸

Sebastián van Doesburg es otro investigador decididamente comprometido con el estudio de los textos coloniales en lenguas indígenas oaxaqueñas. La interdisciplinariedad atraviesa sus investigaciones —conjugando el estudio de los códices tanto prehispánicos como coloniales con documentación alfabética, el registro arqueológico, la lingüística y la historia oral— y se ha especializado en la historia de diversas regiones de Oaxaca, como el valle de Coixtlahuaca y la Cañada cuicateca. Sus trabajos también han contribuido a reconstruir la geografía histórica de época colonial y a comprender la organización política, social y territorial indígena a partir del análisis de su terminología propia.⁶⁹ Por ejemplo, un trabajo realizado en colaboración con Michael W. Swanton a partir de un corpus de testamentos del siglo XVI escritos en lengua *xrungiwa* —chocho— procedentes de Tamazulapan, le ha permitido analizar de forma diacrónica el funcionamiento social y territorial del *sindi*, una subdivisión de la comunidad chocholteca.⁷⁰

Desde sus cargos respectivos de director general y director académico de la Biblioteca de Investigación Juan de Córdova, integrada en el Centro Cultural San Pablo (sede de la Fundación Alfredo Harp Helú, Oaxaca), Sebastián van Doesburg y Michael Swanton han estimulado notablemente la investigación de y en las lenguas oaxaqueñas. Esta institución es la organizadora del bianual Coloquio

⁶⁸ Kevin Terraciano, *Los mixtecos de la Oaxaca colonial...*; “La escritura alfabética en lengua mixteca de la época colonial”, en *Memorias del Coloquio Francisco Belmar, Conferencias sobre lenguas otomangues y oaxaqueñas*, Ausencia López Cruz y Michael Swanton (coords.), Oaxaca, Biblioteca Francisco de Burgoa/Colegio Superior para la Educación Integral Intercultural de Oaxaca/Fundación Alfredo Harp Helú Oaxaca/Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, 2008, v. II, p. 59-79.

⁶⁹ Entre sus numerosos trabajos, destacamos los siguientes: *Códices cuicatecos: Porfirio Díaz y Fernández Leal*, 2 v., Sebastián van Doesburg (facsimilar, contexto histórico e interpretación), México, Editorial Miguel Ángel Porrúa/Secretaría de Asuntos Indígenas del Estado de Oaxaca, 2001; “Asentamiento y transición en el lienzo de San Jerónimo Otlá, Coixtlahuaca”, *Relaciones*, El Colegio de Michoacán, Zamora, v. XXXI, n. 122, p. 55-105.

⁷⁰ Sebastián van Doesburg y Michael W. Swanton, “Mesoamerican Philology as an Interdisciplinary Study: The Chochon (Xrunjiwa) ‘Barrios’ of Tamazulapan (Oaxaca, Mexico)”, *Ethnohistory*, Duke University Press, Durham, v. 58, n. 4, 2011, p. 613-652.

sobre Lenguas Otomangués y Vecinas —sucesor de la Conference on Otomanguéan and Oaxacan Languages celebrada en 2004 en la Universidad de California en Berkeley— y la coordinadora del proyecto Satnu, Repositorio Filológico Mesoamericano, el cual tiene por objetivo crear un catálogo de imágenes digitales de textos en lenguas indígenas generados durante los siglos XVI al XIX para incentivar su posterior estudio interdisciplinar.

El estudio de la toponimia ha constituido una herramienta fundamental para desentrañar la geografía histórica de la Nueva España y, como se pudo observar en un evento académico celebrado en junio de 2015 en las instalaciones del Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental de la Universidad Nacional Autónoma de México a través de las ponencias presentadas por 45 especialistas, los topónimos también portan una memoria que nos permite observar y valorar los aspectos simbólicos que se encuentran impresos en el territorio como huellas intangibles de su historia.⁷¹ Entonces, el vínculo entre los nombres de los lugares y los estudios que consideran la dimensión espacial se devela claro, en tanto que constituyen marcadores geográficos “absolutos”, es decir, posicionan lugares de manera inequívoca sobre la superficie terrestre que podemos visualizar, representar y analizar de acuerdo con las convenciones geográficas occidentales contemporáneas en las que se desenvuelve nuestro quehacer científico.

En los contextos indígenas, la relación de la toponimia con la lingüística también resulta evidente y necesaria para desentrañar significados, ubicaciones y recorridos históricos. Los topónimos pueden presentarse bien escritos en documentos alfabéticos o representados a través de iconos o glifos logosilábicos en pictografías, códices y mapas de tradición indígena. Esto último nos introduce en el terreno del estudio de la cartografía histórica y de los códices, la mayoría plagados de glifos toponímicos que sitúan

⁷¹ *La Memoria de los Nombres: la Toponimia en la Conformación Histórica del Territorio. De Mesoamérica a México*, Karine Lefebvre y Carlos Paredes Martínez (eds.), Morelia, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental, Universidad Nacional Autónoma de México, 2017.

en el espacio geográfico real —pero también mítico o sagrado— diverso tipo de eventos.

La cartografía histórica es un campo muy amplio y bien trabajado en relación con la Nueva España, enfocando los estudios desde distintas ópticas disciplinarias como la historia, la historia del arte, la geografía y, frecuentemente, aunando todas ellas. Sirvan solamente como ejemplo: un trabajo clásico, uno reciente y un dossier que han abordado el estudio de mapas pictográficos de distinta naturaleza y propósito (mapas de mercedes, de relaciones geográficas y de congregaciones). *The Mapping of New Spain. Indigenous cartography and the maps of the Relaciones Geográficas*, de Barbara Mundy, con profundidad histórica e intenciones interpretativas amplias;⁷² *Trail of Footprints. A History of Indigenous Maps from Viceregal Mexico*, de Alex Hidalgo, atiende a los patrones, los pintores, los materiales y el proceso de creación y uso de los mapas;⁷³ y el dossier “Los mapas novohispanos de tradición indígena como herramienta para estudiar el pasado”, coordinado por María Castañeda de la Paz y Miguel Ángel Ruz Barrio, recoge siete trabajos centrados en el análisis de los mapas para comprender asuntos relacionados con la posesión de la tierra, el territorio y las territorialidades indígenas coloniales.⁷⁴

El estudio de lienzos —extensos pedazos de algodón u otra fibra vegetal que, generalizando mucho, contienen glifos toponímicos que delimitan territorios a modo de mojoneras o linderos y enmarcan distintos relatos histórico-genealógicos en su interior— guarda especial relación con los estudios espaciales y territoriales en tanto que son las expresiones de las nuevas territorialidades comunitarias coloniales. Nuevamente, nos referimos a Oaxaca porque se trata de un área con presencia numérica notable de este tipo de documentos pictográficos. Destaca una auténtica pionera, la historiadora del arte

⁷² Barbara Mundy, *The Mapping of New Spain. Indigenous cartography and the maps of the Relaciones Geográficas*, Illinois, The University of Chicago Press, 1996.

⁷³ Alex Hidalgo, *Trail of Footprints. A History of Indigenous Maps from Viceregal Mexico*, Austin, University of Texas Press, 2019.

⁷⁴ María Castañeda de la Paz y Miguel Ángel Ruz Barrio, “Los mapas novohispanos de tradición indígena como herramienta para estudiar el pasado”, *Anales de Antropología*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, v. 53, n. II, 2019, p. 7-107.

Mary Elizabeth Smith a quien le debemos un sustancial avance en la identificación de signos toponímicos y de nombres personales que permitió ubicar en la geografía contemporánea los límites de distintos señoríos mixtecos y develar los lugares donde sucedieron los acontecimientos de su historia posclásica y colonial temprana, lo cual fue posible gracias a sus recorridos de campo y a sus indagaciones en aspectos lingüísticos.⁷⁵ Su senda la siguieron con brillantez otros investigadores, como el antes mencionado Sebastián van Doesburg, Manuel Hermann Lejarazu y Laura Rodríguez Cano.⁷⁶ Por último, desde una particular valoración epistemológica, Maarten Jansen y Gabina Aurora Pérez defienden el supuesto de que la realidad geográfica en los códices mixtecos es más que un conjunto de elementos cartográficos, pues los lugares son asociados e interpretados en función de poderes sagrados y divinos, eventos rituales y experiencias históricas, con lo que, para su interpretación, necesitamos desarrollar una arqueología hermenéutica del paisaje natural y cultural que aúne las perspectivas de estudio *emic* y *etic*.⁷⁷

Hasta el momento, el lector quizá haya reparado en que los estudios señalados se han ocupado de la Nueva España rural y eminentemente indígena. Por supuesto, las ciudades novohispanas también han sido objeto de estudios focalizados en lo espacial, lo territorial y lo ambiental, todo ello, a partir de características, elementos constitutivos y dinámicas poblacionales particulares de la propia naturaleza urbana, aunque, de manera global, se han tenido que dedicar esfuerzos particulares para demostrar la relevancia de

⁷⁵ Mary Elizabeth Smith, *Picture Writing from Ancient Southern Mexico. Mixtec Place Signs and Maps*, Norman, The University of Oklahoma Press, 1973.

⁷⁶ Sebastián van Doesburg, "Asentamiento y transición en el lienzo de San Jerónimo Otlá, Coixtlahuaca"...; *Códice de Yucunama*, edición facsimilar, interpretación y análisis de Manuel Hermann Lejarazu, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2009; Laura Rodríguez Cano, "El Mapa de Xochitepec: un ejercicio de geografía-histórica de la Mixteca Baja a través de su toponimia", en *Configuraciones territoriales en la mixteca, Volumen 1. Estudios de Historia y Antropología*, Manuel Hermann (coord.), México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2015, p. 93-127.

⁷⁷ Maarten Jansen y Gabina Aurora Pérez, "Paisajes sagrados: códices y arqueología de Ñuu Dzaui", *Itinerarios. Revista de estudios lingüísticos, literarios, históricos y antropológicos*, Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos, Universidad de Varsovia, Varsovia, n. 8, 2008, p. 83-112.

lo urbano en algunos ámbitos disciplinares. En un relevante trabajo publicado en 1994 en *Journal of Urban History*, Christine Meisner Rosen y Joel Arthur Tarr pusieron de manifiesto de manera contundente la relevancia del estudio del impacto de las ciudades en el ambiente y viceversa. Fue respuesta a la tendencia liderada por Donald Worster —uno de los padres de la historia ambiental— de soslayar la importancia del ámbito urbano para la disciplina, mostrada en el número especial “A Round Table: Environmental History” de *Journal of American History*, publicado en 1990.⁷⁸

A continuación, mencionaremos algunas líneas de investigación desarrolladas en torno a tres de las ciudades novohispanas más importantes: México, Puebla de los Ángeles y Valladolid.

El proceso de urbanización de la ciudad de México colonial —su traza, organización espacial y estructura ocupacional— ha sido estudiado profusamente y a partir de fuentes diversas (códices, mapas y planos, restos arqueológicos y arquitectónicos, crónicas).⁷⁹ Hira de Gortari Rabiela ha dedicado abundantes esfuerzos a la comprensión de la conformación histórica de la Ciudad de México a través de su urbanización.⁸⁰ En la actualidad, coordina desde el Instituto de Investigaciones Sociales de la Uni-

⁷⁸ Christine Meisner Rosen y Joel Arthur Tarr, “The importance of an Urban perspective in Environmental History”, *Journal of Urban History*, SAGE Publications, Newbury Park, v. 20, n. 3, 1994, p. 299-310; Donald Worster, “Transformations of the Earth: Toward an Agroecological Perspective in History”, *Journal of American History*, Organization of American Historians, Bloomington, v. 76, n. 4, 1990, p. 1087-1106. Un trabajo previo al de Rosen y Tarr también situaba a la ciudad en la esfera de la historia ambiental: Martin V. Melosi, “The Place of the City in Environmental History”, *Environmental History Review*, Oxford University Press/The Forest History Society/American Society for Environmental History, Oxford, v. 17, n. 1, 1993, p. 123.

⁷⁹ Para una revisión exhaustiva de la historiografía de la década de 1990 y previa, consultar el apartado “La ciudad y su forma” en Esteban Sánchez de Tagle, María Dolores Morales y María Amparo Ros, “La Ciudad de México (1521-1857), un balance historiográfico”, *Relaciones*, El Colegio de Michoacán, Zamora, v. XIX, n. 76, p. 34-37.

⁸⁰ Hira de Gortari y Regina Hernández, “Cambios en la impronta de la urbanización colonial: La ciudad de México”, en *Homenaje a Lorenzo Mario Luna*, Enrique González González (coord.), México, Centro de Estudios Sobre la Universidad/Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1996; Hira de Gortari y Regina Hernández, “Conformación histórica de la Ciudad de México”, en *La ciudad de México*, Francisco Covarrubias (coord.), México, Departamento del Distrito Federal, 1998.

versidad Nacional Autónoma de México el proyecto colectivo “Historia ambiental comparada de dos ciudades novohispanas, Puebla y México, siglo XVIII. Reglamentación del espacio urbano de la ciudad de México y la ciudad de Puebla, siglo XVIII”. Barbara Mundy publicó recientemente un estudio muy amplio en el cual detalla la capital novohispana durante la colonia temprana desde una interesante óptica espacial.⁸¹ En este trabajo, y dado su protagonismo evidente en la Cuenca de México, el agua —su dominio, control, uso, infraestructura y simbolismo— es protagonista. Otros muchos trabajos se han encargado del recurso hídrico, y aquí queremos destacar el de Vera Candiani en torno a las transformaciones ambientales de la ciudad colonial a partir de su desecación.⁸²

La ciudad de Puebla de los Ángeles también ha recibido atención. Rosalva Loreto López ha profundizado en diversos trabajos en su historia ambiental en la época novohispana y trabajado también en perspectiva comparativa con la ciudad de México.⁸³ Por su parte, Sonya Lipsett-Rivera se enfocó en el estudio del recurso hídrico en la Puebla colonial para comprender dinámicas sociales y políticas asociadas a su gestión.⁸⁴

Por último, la ciudad de Valladolid (actual Morelia) también ha sido analizada en clave espacial y ambiental. Guillermo Vargas Uribe se ha ocupado del desarrollo histórico de su territorio a partir de la traza urbana,⁸⁵ mientras que Carlos Paredes Martínez ha analizado

⁸¹ Barbara Mundy, *The Death of Tenochtitlan, the Life of Mexico City*, Austin, University of Texas Press, 2015.

⁸² Vera Candiani, *Dreaming of Dry Land. Environmental Transformation in Colonial Mexico's City*, Stanford, Stanford University Press, 2014.

⁸³ Rosalva Loreto López, “El microanálisis ambiental de una ciudad novohispana. Puebla de los Ángeles, 1777-1835”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, México, v. LVII, n. 3, enero-marzo de 2008, p. 271-774; *Historia ambiental comparada de ciudades mexicanas*, Rosalva Loreto López (coord.), Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2018.

⁸⁴ Sonya Lipsett-Rivera, *To Defend Our Water with the Blood of Our Veins: The Struggle for Resources in Colonial Puebla*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1999.

⁸⁵ Guillermo Vargas Uribe, “Del proyecto de ciudad a la ciudad sin proyecto: el desarrollo histórico territorial de la traza urbana de la ciudad de Valladolid-Morelia, 1541-2009”, en *Urbanización, sociedad y ambiente. Experiencias en ciudades medias*, Antonio Vieyra y Alejandra Larrazábal (coords.), Morelia, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Nacional de Ecología y Cambio Climático, 2014, p. 47-85.

la configuración territorial, política y social de sus barrios en la época colonial.⁸⁶ El abastecimiento y gestión del agua en Valladolid ha sido objeto de algunas investigaciones de Patricia Ávila García.⁸⁷

Hacia dónde. Nuevas tendencias de análisis

En la era digital, la tendencia apunta a que ninguna disciplina se puede sustraer a las potencialidades de las herramientas informáticas para expandir los horizontes interpretativos de las fuentes tradicionales. La historia tampoco, y hoy día existen numerosas propuestas de utilización de herramientas digitales para almacenar, visualizar y procesar datos dentro de la corriente denominada Humanidades Digitales. Los Sistemas de Información Geográfica aplicados a la Historia también se pueden concebir como parte de esta tendencia.

Pero, ¿qué entendemos por Sistemas de Información Geográfica y cuáles son sus características principales? Las definiciones que encontramos son variadas. Como ya señalamos en un trabajo anterior,⁸⁸ hoy día, una percepción comúnmente extendida es pensar precisamente en los Sistemas de Información Geográfica como *software*, esto es, un programa o conjunto de programas informáticos que amplían, potencian y facilitan las posibilidades de análisis de los datos recopilados de muy variadas formas. Como sistema, conjunta un

⁸⁶ Carlos Paredes Martínez, “Valladolid y su entorno en la época colonial”, en *Desarrollo urbano de Valladolid-Morelia, 1541-2001*, Carmen Alicia Dávila Munguía y Enrique Cervantes Sánchez (coords.), Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, 2001, p. 121-149; “Convivencia y conflictos: la ciudad de Valladolid y sus barrios de indios, 1541-1809”, en *Los indios y las ciudades de Nueva España*, Felipe Castro (coord.), México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, p. 35-55.

⁸⁷ Patricia Ávila García, “Water, society and environment in the history of one Mexicancity”, *Environment & Urbanization*, International Institute for Environment and Development/SAGE Publications, v. 18, n. 1, 2006, p. 129-140; *Agua, ciudad y medio ambiente: una visión histórica de Morelia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Secretaría de Desarrollo Social/Ayuntamiento de Morelia, 2007.

⁸⁸ Marta Martín Gabaldón, “Mapas de congregaciones de pueblos y Sistemas de Información Geográfica: pistas para entender la reconfiguración del territorio colonial”, *Anales de Antropología*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, v. 53, n. 2, 2019, p. 9.

variado grupo de herramientas para recoger, almacenar, recuperar, transformar, visualizar y analizar datos geoespaciales del mundo real a través de una representación georreferenciada de los mismos, es decir, los datos se trabajan en un sistema de coordenadas y en un *datum* (origen del sistema de medición) determinados. Por último, los Sistemas de Información Geográfica consisten en una enorme base de datos especializada que trabaja con objetos geométricos — puntos, líneas y polígonos— usados para representar elementos del mundo físico o fenómenos que lleven aparejada una referencia espacial, a los que se les asignan unos atributos (área, longitud, intensidad, número, tipo, y un larguísimo etcétera) que son procesados de forma manual, analógica o bien, digital. Para poner un ejemplo que ilustre esto último, los actos cotidianos y sencillos de elaborar un croquis a mano alzada o leer un mapa poniendo en relación sus distintos elementos constituyen análisis analógicos, mientras que si utilizamos tecnología informática compuesta de *hardware* y *software* para realizar un ejercicio de correlación espacial sobre dos atributos particulares, estamos realizando análisis digitales.⁸⁹

El geógrafo Gustavo Buzai, quien ha explorado ampliamente el campo del análisis socioespacial mediante Sistemas de Información Geográfica, apunta que la relevancia de estas herramientas digitales radica en que en ellas existen métodos para convertir la información espacial en información sobre un proceso. Lo anterior a partir del análisis cuantitativo y cualitativo de aquellos fenómenos que se manifiestan en el espacio, a saber: localización, forma, distribución, asociación espacial, interacción espacial y evolución espacial.⁹⁰

Las tres últimas décadas, de la mano del avance acelerado de la ciencia informática, han sido proliferas en el desarrollo de rutas de análisis y de epistemologías interesantes relacionadas con el análisis

⁸⁹ Isabel del Bosque González, Carlos Fernández Freire, Lourdes Martín-Forero Morente y Esther Pérez Asensio, *Los Sistemas de Información Geográfica y la investigación en Ciencias Humanas y Sociales*, Madrid, Confederación Española de Centros de Estudios Locales/Centro Superior de Investigaciones Científicas, 2012.

⁹⁰ Gustavo Buzai, “Geografía y sistemas de información geográfica”, en *Tratado de Geografía Humana*, Daniel Hiernaux y Alicia Lindon (coords.), México/Barcelona, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Anthropos editorial, 2006, p. 582-600.

histórico. Tenemos que voltear al entorno anglosajón para observar su nacimiento y primeros impulsos con las investigaciones de Anne Kelly Knowles, Ian Gregory, Paul S. Ell, Fraser Taylor y Alexander von Lünen, entre otros.⁹¹ Un punto de partida fundamental que comparten todos los pioneros consiste en traspasar la barrera de la idea de que la cartografía es un mero elemento ilustrativo o accesorio que solamente acompaña a las investigaciones. Para ellos, la cartografía generada a partir de procesos complejos de análisis de los datos plasmados en las fuentes históricas forma parte del mismo proceso de investigación y constituye un elemento activo y protagonista en ella.

Un concepto interesante y versátil vinculado a los Sistemas de Información Geográfica aplicados a la Historia es el de cibercartografía. Desde comienzos de la década del 2000, fue desarrollado por Fraser Taylor en el *Geomatics and Cartographic Research Centre* de la Universidad de Carleton, Canadá. Constituye un paradigma multisensorial —involucra vista y oído—, multimedia e interactivo de la cartografía al alojarla en plataformas informáticas potentes que permiten interactuar con los datos de manera colectiva.⁹² Este concepto ha permitido desarrollar iniciativas como Nunaliit, un repositorio de atlas en el cual se pueden mapear de manera colaborativa fenómenos diversos y poner de relieve las relaciones existentes entre distintos tipos de datos (imágenes, texto, sonido, etcétera) ubicados en el espacio. Por ejemplo, el “Thule Atlas” mapea detalladamente la expedición llevada a cabo entre 1921 y 1924 por Knud Rasmussen en las tierras inuit canadienses gracias a la información plasmada en su diario de campo y en reportes científicos. Con el mapa como vehículo,

⁹¹ *Past Time, Past Place: GIS for History*, Anne Kelly Knowles (ed.), Redlands, ESRI Press, 2002; *Cybercartography: Theory and Practice*, Fraser Taylor (ed.), Ámsterdam, Elsevier, 2005; Ian Gregory y Paul S. Ell, *Historical GIS: Technologies, Methodologies, and Scholarship*, Cambridge/Nueva York, Cambridge University Press, 2007; *History and GIS. Epistemologies, Considerations and Reflections*, Alexander von Lünen y Charles Travis (eds.), Nueva York, Springer, 2013. Anne Kelly Knowles editó el número especial “Historical GIS: The Spatial Turn in Social Science History”, *Social Science History*, The Social Science History Association/ Cambridge University Press, Cambridge, v. 24, n. 3, otoño 2000. En él se hace un detallado repaso de los temas y tendencias en boga.

⁹² Fraser Taylor, *Cybercartography: Theory and Practice...*

se pueden escuchar los nombres inuit de los lugares y relatos orales, ver fotografías y entender relaciones de parentesco.⁹³

El ámbito hispano también ha sabido sacarle provecho a esta tendencia, y para lo que nos atañe, relacionándolo con la peculiaridad que imprimen la experiencia colonial y el pasado indígena en la generación de fuentes particulares. Una referencia obligada en la materia en el contexto europeo es Ana María Crespo Solana, investigadora del departamento de Estudios Americanos en el Instituto de Historia del Centro Superior de Investigaciones Científicas, en Madrid. A través de importantes proyectos con financiación internacional, se ha concentrado en la historia económica de la temprana Edad Moderna en relación con el comercio atlántico y su impacto en los ámbitos socioeconómico y cultural, implementando novedosas técnicas a través de Análisis de Redes Sociales y Sistemas de Información Geográfica.⁹⁴

Ya en el ámbito americano, hemos de poner la mirada sobre dos interesantes iniciativas que analizan el espacio andino. La primera de ellas es el *Linked Open Gazetteer for the Andean Region* (LOGAR) editado por los profesores Steven A. Wernke (Vanderbilt University) y Jeremy Mumford (Brown University). Se trata de un minucioso ejercicio de geografía histórica que presenta un gran índice geográfico y mapa de los lugares fundados durante la reducción general de indios impulsada por el virrey del Perú Francisco de Toledo entre 1569 y 1571.⁹⁵ La segunda lleva por nombre *Geospatial Platform for Andean Culture, History and Archaeology* (GeoPACHA). Se trata de una plataforma geoespacial para el estudio arqueológico sistemático en grandes áreas de América del Sur andina a través de la identificación de sitios y características arqueológicas mediante

⁹³ Kitikmeot Heritage Society, *Thule Atlas* (sitio web), Cambridge Bay, <https://thuleatlas.org/index.html> (consulta: 3 de mayo de 2021).

⁹⁴ Entre sus numerosas publicaciones sobre estos temas, destacamos: *Spatio-Temporal Narratives: Historical GIS and the Study of Global Trading Networks (1500-1800)*, Ana Crespo Solana (ed.), Londres, Cambridge Scholar Publishing, 2014.

⁹⁵ Steven A. Wernke y Jeremy Mumford, *LOGAR, Linked Open Gazetteer for the Andean Region* (sitio web), Nashville/Providence, Vanderbilt University/Brown University, 2015, <http://www.logarandes.org/index.html> (consulta: 3 de mayo de 2021).

un “estudio virtual” de imágenes aéreas satelitales e históricas y el registro de atributos.⁹⁶

En México, recientemente, se ha abierto la puerta a la capacitación formal en materia de Sistemas de Información Geográfica y percepción remota a los profesionales de la historia a través de la impartición de materias obligatorias en el seno de la licenciatura en Geohistoria de la Escuela Nacional de Estudios Superiores de la Universidad Nacional Autónoma de México, campus Morelia. Algunos ejemplos de esta tendencia reciente los encontramos en los trabajos de investigación de Karine Lefebvre y Carina Emilia Guzmán Bullock, publicados bajo el impulso del Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental de la Universidad Nacional Autónoma de México.⁹⁷

En buena medida, gracias al apoyo brindado desde los Laboratorios Sistemas de Información Geográfica de otras instancias, se han desarrollado interesantes proyectos que exploran a través de las herramientas de los Sistemas de Información Geográfica el territorio novohispano en relación con sus dinámicas de poder. Mencionaremos el proyecto coordinado por Manuel Hermann Lejarazu desde el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social titulado “Sociedad, gobierno y territorio en los Señoríos de la Mixteca: siglos XVI-XVIII (primera y segunda fase)”⁹⁸ y el desarrollado por Miguel Ángel Ruz Barrio desde El Colegio Mexiquense en torno al análisis de la cartografía colonial del Valle de Toluca para el conocimiento de la propiedad de la tierra y sus aspectos productivos. Bajo el título “Historia y Espacio. Enfoques, metodologías y temáticas”, este último especialista congregó, en agosto de 2019, en un congreso internacional a numerosos espe-

⁹⁶ Steven A. Wernke y Parker Van Valkenburgh, *GeoPACHA, GeospatialPlatformforAndean Culture, History and Archaeology* (sitio web), Nashville/Providence, Vanderbilt University/Brown University, <https://geopacha.org> (consulta: 3 de mayo de 2021).

⁹⁷ Clementina E. Guzmán Bullock, “Investigación histórica, los SIG y las nuevas posibilidades epistemológicas y metodológicas” y Karine Lefebvre, “Colonialismo y paisaje ¿Cómo explotar los datos históricos para reconstruir el territorio colonial?”, en *Geografía e Historia Ambiental*, Pedro S. Urquijo, Antonio Vieyra y Gerardo Bocco (eds.), Morelia, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental/Universidad Nacional Autónoma de México, 2017, p. 193-214 y 215-242.

⁹⁸ *Configuraciones territoriales en la Mixteca, v. 1. Estudios de historia y antropología...*

cialistas que desarrollan sus trabajos con apoyo de los Sistemas de Información Geográfica.⁹⁹

Para concluir, mencionaremos tres proyectos alojados en línea que constituyen buenos ejemplos del potencial del almacenamiento y análisis de datos geospaciales en plataformas digitales para el conocimiento y uso por parte de especialistas e interesados en la historia colonial. *HGIS de las Indias. Sistema de información histórico-geográfica de Hispanoamérica para los años 1701-1808*, es un proyecto de la Universidad de Graz financiado con el apoyo del fondo para investigaciones científicas de la República de Austria. Ofrece una generosa visualización de la geografía histórica de la América borbónica en una web dinámica que además permite descargar archivos geospaciales para su uso por parte de otros proyectos.¹⁰⁰ *Digging Early Colonial History*, coordinado por Patricia Murrieta-Flores desde la Universidad de Lancaster y en colaboración con la Universidad de Lisboa y el Museo del Templo Mayor de México, persigue el objetivo ambicioso de reconstruir y permitir la visualización de la geografía histórica de la Nueva España en el siglo XVI a través de algunas de sus fuentes fundamentales: las *Relaciones Geográficas* y la *Suma de visitas de pueblos*.¹⁰¹ En lo local y en el terreno de la historia social y cultural, *Power of Attorney in Oaxaca, Mexico*, proyecto dirigido por Yanna Yannakakis desde la Universidad de Emory, construye una geografía de la cultura legal indígena a través de la georreferencia de acontecimientos y personas que pueden ser visualizadas en mapas digitales y que permiten el análisis de las redes socioespaciales y de la transmisión del conocimiento de los notarios.¹⁰²

⁹⁹ Miguel Ángel Ruz Barrio, *Los mapas pictográficos de Zinacantepec*, Zinacantepec, El Colegio Mexiquense, 2016.

¹⁰⁰ *HGIS de las Indias. Sistema de información histórico-geográfica de Hispanoamérica para los años 1701-1808* (sitio web), Graz, Universidad de Graz, 2017, www.hgis-indias.net (consulta: 3 de mayo de 2021).

¹⁰¹ Patricia Murrieta-Flores, *Digging Early Colonial History* (sitio web), Bailrigg, History Department, Lancaster University, 2020, <https://www.lancaster.ac.uk/digging-ecm/es/inicio/> (consulta: 3 de mayo de 2021).

¹⁰² Yanna Yannakakis, *Power of Attorney in Oaxaca, Mexico. Native People, Legal Culture, and Social Networks* (sitio web), Atlanta, Emory University, <https://www.powerofattorneynative.com> (consulta: 13 de febrero de 2020).

Consideraciones finales

Estas páginas se quedan cortas cuando tratamos de responder las preguntas *qué, para qué, cómo y hacia dónde* en relación con los estudios sobre el espacio, el territorio y el paisaje cultural en los estudios acerca de la Nueva España. Son conceptos amplios que hemos tratado de mostrar a la luz de las investigaciones históricas que, de un enfoque u otro, con una metodología u otra, han puesto en el centro de sus intereses o bien, subyacen y acompañan a otros temas.

La tecnología informática, en constante innovación, presenta un panorama halagüeño para el estudio histórico de estos temas. No obstante, consideramos que no debemos dejarnos apantallar por lo relativamente novedoso del uso de estas herramientas y tenemos que continuar prestando atención a una de las más importantes premisas de nuestro oficio: el rigor en el tratamiento y análisis de la fuente fundamental, que sigue siendo el documento escrito.

Identificamos una serie de asignaturas pendientes, obstáculos y retos a la hora de dar protagonismo a la dimensión espacial en los estudios históricos. En primer lugar, resaltamos que todavía quedan esfuerzos por hacer para abonar al debate conceptual desde la originalidad de la historia. Del mismo modo, necesitamos avanzar en la reflexión teórica y también metodológica, no sólo cuando hacemos uso de nuevas tecnologías sino cuando abordamos el espacio desde y en relación con la historia, sobre todo pensando en la especificidad novohispana. Algunos de estos debates conceptuales, sostenidos sobre datos bien analizados, nos pueden llevar a trascender los límites de las regiones históricamente construidas y firmemente asentadas en el mapa nacional, y así, poder plantearnos otras preguntas históricas en contextos de límites más fluidos que inmóviles.

Los Sistemas de Información Geográfica aplicados a la Historia nos obligan a trabajar en equipos interdisciplinarios y, en ocasiones, a trascender y reinventar el lenguaje histórico tradicional. Y en este respecto, encontramos también dificultades que podemos calificar como de intrínsecas a las mismas fuentes. Por ejemplo, la creación de bases de datos geoespaciales depende mucho de la naturaleza,

“calidad” y cantidad de los datos históricos con que podamos elaborarlas. Muy a nuestro pesar, a veces nos tenemos que ajustar a la premisa básica de que cuanto más antiguos sean los datos que poseemos, más esfuerzo vamos a tener que hacer por dotarles de la precisión geográfica necesaria para realizar análisis espaciales que den buenos frutos.

Por último, la representación dinámica de los fenómenos en el tiempo supone todo un reto para el historiador. Hoy día, sólo podemos mostrar los resultados de análisis que llevan largo tiempo plasmar a través de plataformas digitales que permitan visualizar los datos de forma interactiva. El método tradicional de publicación de los resultados de las investigaciones históricas —el bidimensional papel o documento digital en formato PDF— limita esta tarea.

